

Alan Ashfield, Folklorista

*4 de mayo, 1974*

Después de varias semanas sin éxito, parece que he hallado una gema sin pulir. He agotado todas las aldeas del condado de Wiltshire sin especial éxito: dos ancianas que recordaban la misma nana ya recogida en Winrow y un viejo labrador que podía tararear fragmentos de una canción anodina de siembra.

Pero ayer noche, revisando la vieja *Guía Toponímica del Suroeste de Inglaterra*, de Yeatman, encontré un pie de página que debí pasar por alto anteriormente: “Otro topónimo que refiere directamente a la fisicidad de su emplazamiento es el del poblado de Oaksbrooke, situado unas tres millas al sur de Atterbury, lindando con el robledal de Lernswood. La “e” final pertenece a una grafía obsoleta de “brook””.

Siguiendo estas indicaciones y ayudándome de las señalizaciones que llevan al robledal, hace tan solo unas horas he llegado a Oaksbrooke. Es un bello pueblo de doce casas acunado por el bosque que se desdobra sobre él como un viejo amigo. Cuando llegué, al ocaso, la luz anaranjada del atardecer se posaba amable sobre los huertos y el tierno molino, como si no proyectase sombra alguna.

Oaksbrooke es el sueño de cualquier folklorista: tan solo veinte habitantes, casi ningún contacto con el mundo exterior; no poseen teléfono ni radio, la televisión prácticamente la desconocen, producen la mayoría de lo que consumen y cuanto visten, lavan la ropa a mano. Se trata de un caso extraordinario, un recoveco escondido del mundo que se mantiene puro, primitivo, al que la industrialización no ha sido capaz de opacar. Aún no he preguntado por canciones, pero con un marco así no puedo sino ser optimista.

Hoy dormiré en la morada de la viuda señora Gifford; la hospitalidad de las gentes simples nunca cesará de convidar mi corazón al alivio y a una trascendente dulzura.

*6 de mayo, 1974*

Hay algo extraño en las baladas de esta gente. Todo el mundo conoce infinidad de canciones, canciones que no he visto recogidas jamás. Cantan en inglés y sin embargo cuando llevas un tiempo escuchándolos deja de parecer inglés. No se trata solo del usual arcaísmo: empiezan a aparecer sonidos distintos, diptongos que no he oído a nadie pronunciar, consonantes germánicas que desaparecieron hace ya mucho de esta lengua.

*7 de mayo, 1974*

Hay algo mal, enfermo en este sitio. Ahora me percaté de la terrible realidad de la absurda fórmula que empleé hace unos días: “como si no proyectase sombra alguna”. Lo que creí que era un mero aderezo poético era en realidad una percepción exacta de mi mente subconsciente: no proyectan sombra, los cuerpos no proyectan sombra en Oaksbrooke.

*10 de mayo, 1974*

Ha sido de día tres días seguidos. Ya no reconozco las figuras humanas ante mí, con su piel sin sangre como de narciso terso y sus ojos hundidos. Ya no hablan en una lengua que pueda comprender.

Lo que esto significa lo desconozco, y ya no importa. Tengo que salir de aquí. Pero Oaksbrooke no quiere que me vaya. He intentado volver de donde vine, pero los caminos se cierran, el bosque se cierne sobre ellos, o crece una pared de roca donde antes solo recuerdo un hayedo. He intentado salir en dirección contraria, atravesando el monte,

pero sus senderos se tornan en barrancos intransitables. Solo me queda lo inevitable. Si esto fallase, al menos abandonaría al precipitarme este sepulcro mortal. *Fare thee well.*

*Nota del editor*

Lo reproducido arriba no es otra cosa que el diario de campo de mi difunto colega, Alan Ashfield, doctor por la universidad de Oxford, filólogo inglés y alemán, experto en épica medieval anglosajona y dedicado folklorista. Encuentro necesaria la reimpresión de este documento en un medio fiable, careciendo de la frivolidad del sensacionalismo y tal y como se encontró, un 12 de mayo sobre una mullida pradera a poca distancia de Atterbury. Es necesaria, también, su recontextualización imparcial para futuros cronistas de nuestra insigne Oxford.

Tras seis meses de búsqueda, nada más de Ashfield ha aparecido que su cuadernillo. Ningún rastro hemos hallado tampoco del supuesto poblado de Oaksbrooke. El área ha sido rastreada de arriba abajo, y, por lo que parece, es una gran extensión de bosques, montes rocosos, pantanos, desfiladeros y hondonadas de hayas y robles, pero ningún pueblo.

La guía toponímica mencionada por Ashfield sí existe, pero en las diversas ediciones con las que nos hemos hecho, no aparece en todo el manual ningún pie de página como el que él describe. Tratamos de contactar al tal Yeatman, autor de la guía toponímica, pero desgraciadamente falleció hace veinte años, y ninguno de sus allegados era partícipe de su noble afición por la toponimia; tampoco ha esclarecido el asunto la examinación de su archivo, totalmente desprovisto del nombre de Oaksbrooke.

La misteriosa aldea de Oaksbrooke parecería a todas luces una invención de Ashfield, una broma pesada o un ejercicio de inventiva (imaginar el pueblo ideal de un folklorista), de no ser por el detalle ineludible de la desaparición del mismo.

Los folkloristas son supersticiosos y de imaginación viva y frenética; muchos, incluso poetas. En el campus, la extraña historia ha dejado a muchos descolocados y aturdidos. El revuelo indiscreto que se ha levantado desde la primera publicación del diario de campo ha dado pie a teorías de todo tipo, incluyendo elucubraciones descabelladas. Entre los estudiantes ha surgido incluso una pequeña “escuela” de pensamiento, si es que se la puede llamar así, que pretende sugerir que el profesor Alan Ashfield sí encontró la pequeña villa de Oaksbrooke. Que el lugar es uno de muchos rincones perdidos entre el aquí y el allí; no el aquí ni el allí simplemente físicos, sino los del pliegue que se forma entre el pasado y el presente. Que el tiempo y el espacio no son cosas distintas, sino una misma red que se superpone en posibilidades infinitas.

Les cito aquí al desvergonzado William Greene, líder de esta pequeña secta supersticiosa, en su deplorable artículo: *El Caso Ashfield: Una Batalla con el Tiempo*, con el objetivo de que comprendan hasta dónde ha llegado la paranoia en nuestra solemne casa de Oxford:

“El tiempo no es una corriente sin fin ni comienzo, como un río traslúcido cuyas cristalinas aguas mueven rocas y arena hacia delante. El tiempo, como el espacio, tiene recovecos. Huecos oscuros y olvidados, parajes a los que es difícil acceder. Sería absurdo asumir que, igual que los lugares que dejamos a la merced del olvido y la soledad no desaparecen, sino que generan restos indeseables para nosotros, hiedra y podredumbre y animales salvajes, las épocas que dejamos atrás no hicieran eso mismo, que desapareciesen sin rastro. E, igual que existen parajes de la tierra inhabitables para los seres humanos, también existen tiempos residuales no adecuados a la vida humana. Uno de estos fue con lo que se encontró el desaparecido doctor Ashfield.

Está en nuestra mano entonces vivir con el animal difuso que es el tiempo, con la bestia domada que es el pasado, que en los momentos cuando (o en los lugares donde) la correa se le afloja del cuello, es capaz de un mordisco mortal”.

*Seudónimo: Novalis*